

ROQUE GONZÁLEZ Y EL CONVENCIONISMO

CÓMO ESTRANGULÓ EL PODER DE VILLA EL GRAL. OBREGÓN

CULPAN DEL DESASTRE AL GRAL. ZAPATA

Los zapatistas, con irritante negligencia, permitieron que Obregón pudiera recibir elementos del Oriente, dice el relator

CAPÍTULO X Y ÚLTIMO

Mientras que el general Álvaro Obregón, al frente de su poderosa columna, avanzaba hacia el centro del país tratando de abrirse paso a la costa occidental, los zapatistas permanecían indiferentes en el Distrito Federal, sin hacer tentativa alguna por atacar la retaguardia de los carrancistas, y cuando lo hacían, forzados por González Garza, lo hacían débilmente.

A pesar del dominio absoluto de los zapatistas en los estados de México, Puebla y Morelos, el general Obregón podía comunicarse fácilmente con el

El convencionismo

puerto de Veracruz por la vía de Pachuca, por lo cual, mientras que avanzaba, continuaba recibiendo refuerzos de soldados, de parque y armas.

En estas condiciones, y por considerar González Garza que hostilizando la retaguardia de la columna carrancista y cortándola de su fuente de aprovisionamientos, el general Obregón se vería muy debilitado e incapaz de resistir el empuje de los soldados de la División de Norte, se dirigió al general Emiliano Zapata, ordenándole que inmediatamente procediera a cortar la vía de Pachuca y a destacar fuerzas en persecución del general Obregón.

Pero el general Zapata, a pesar de contar con más de treinta y cinco mil hombres disponibles para la campaña, toda vez que en el Valle de México no tenía enemigo al frente, no le dio la importancia que merecía a la orden del encargado de Poder Ejecutivo. Este fue el principio del desastre que poco después ocurriría en el estado de Guanajuato.

Como consecuencia de esta actitud del zapatismo, el general González Garza celebró una conferencia con Zapata, durante la cual le exigió el pronto cumplimiento de la orden, pero ni así el caudillo suriano se resolvió a emprender la ofensiva, ignorándose siempre la causa de indolencia tan perjudicial para los ejércitos convencionistas.

VILLA Y OBREGÓN, FRENTE A FRENTE

Libre así de todo enemigo en su retaguardia, el general Obregón inició el 1 de abril su avance de Querétaro a Celaya, a donde llegó el día 4, destacando desde luego dos columnas de caballería, una a las órdenes de los generales Joaquín Amaro y Alfredo Elizondo hacia Acámbaro, y la otra a las órdenes de los generales Porfirio G. González y Jesús S. Novoa hacia Dolores Hidalgo.

Villa, con sus seis mil hombres, permaneció en Irapuato, en espera de las tropas que habían de incorporársele para enfrentarse al general Obregón. El momento de una gran batalla estaba más cercano que nunca y así lo comunicó el jefe de las operaciones al encargado de Poder Ejecutivo, quien le recomendó calma, sugiriéndole la conveniencia de retirar tropas suficientes de todos los frentes para dar una batalla decisiva.

El día 5 de abril, Obregón y Villa se preparaban. El jefe de los constitucionalistas creía que el general Villa lo atacaría en Celaya, procediendo a atrincherarse; pero las intenciones del guerrillero no eran esas, toda vez que

sabía que Obregón sólo pretendía abrirse paso hacia la costa occidental. Así, Villa esperaba tranquilamente la concentración de su gente y, sobre todo, la llegada del general Felipe Ángeles.

El general Obregón continuó haciendo preparativos de defensa, pero también calculando sus proyectos de avance, situó a la caballería del general Fortunato Maycotte, con extrema vanguardia en estación Guaje.

Pero el destino, según la expresión de González Garza, determinó otra cosa, y los planes de ambos generales se vieron frustrados por un incidente sin importancia, que había de ser motivo de una batalla general.

En las primeras horas del día 6 de abril, un grupo de villistas que trataba de acercarse a Guaje tuvo un ligero tiroteo con las avanzadas de Maycotte. Al tiroteo de las avanzadas acudieron otros grupos villistas y lo que había sido una simple escaramuza tomó proporciones de combate. Poco a poco fueron enardeciéndose los ánimos y cerca del mediodía, sin órdenes previas del general en jefe, los norteños se lanzaron furiosamente sobre las caballerías de Maycotte. El encuentro fue terrible y las caballerías carrancistas fueron aniquiladas, lográndose apenas salvar Maycotte, gracias a su caballo.

El general Villa, quien se encontraba en Irapuato, ignorante de lo que acontecía en Guaje, al tener las primeras noticias salió violentamente al lugar del combate, seguido del grueso de sus tropas, llegando al campo de la acción cuando Maycotte había sido ya destrozado y cuando las caballerías villistas, ante el triunfo obtenido y llenas de ardor bélico, se lanzaron, sin orden superior alguna, sobre un tren militar que había llegado en los últimos momentos del combate y que rápidamente retrocedió hacia Celaya.

LA TOMA DE LA PLAZA

Ante la victoria de Guaje y al ver el entusiasmo de su gente, el general Villa se sintió en aptitud de atacar inmediatamente a Celaya, a pesar de que el enemigo le esperaba en mayor número y perfectamente atrincherado. Eran momento de ardor bélico, y la avalancha de los triunfadores era incontenible, y así llegó hasta las goteras del cuartel general constitucionalista.

Villa estaba frente a Celaya a las cuatro de la tarde, cuando la lucha se iniciaba, disponiendo rápidamente un asalto general de la infantería sobre las trincheras, mientras que lanzaba sus caballerías sobre las del general Cesáreo

El convencionismo

Castro, que se encontraban en las calles de la población. El combate continuó durante toda la noche del seis, y los villistas se encontraban prácticamente dueños de la plaza. Al amanecer, Villa dio la orden para un asalto final. Las infanterías cargaron furiosamente sobre el sector a cargo del general Manzo y a las cinco de la mañana eran dueños de ellas. En el centro de la ciudad se seguía combatiendo.

Dos horas después las campanas de los templos eran tocadas a rebato. Los villistas eran dueños de Celaya.

EL DESASTRE VILLISTA

Informado del triunfo, el general Villa volvió rápidamente a Irapuato, con el fin de organizar nuevos contingentes del refresco para lanzarlos sobre Obregón, quien seguramente haría un supremo esfuerzo para abrirse paso.

Los carrancistas, completamente desmoralizados, estaban, en efecto, preparando la salida. Los generales se habían presentado a Obregón, haciéndole saber que no tenía parque y que consideraban indispensable una inmediata retirada. Pero el general Obregón, sereno, dijo a sus lugartenientes:

—*Pueden ustedes marcharse, si quieren, que yo me quedare aquí...*

Además, Obregón les informó que de un momento a otro llegaría un tren con refuerzos, y así los convenció de que esperaran.

Y “el destino”, agrega González Garza, quiso que las palabras de Obregón resultaran proféticas. Quince minutos después, llegaba a Celaya un tren con varios millones de cartuchos y varios cientos de hombres. El entusiasmo de los constitucionalistas no tuvo límites y el general en jefe ordenó una contraofensiva. Los villistas, que se consideraban triunfantes, habían agotado su parque y, ante la terrible contraofensiva, se vieron en la necesidad de abandonar la plaza, y lo que había sido una victoria, se transformó en derrota.

El general Villa supo de la derrota en Irapuato; era la primera vez que la División de Norte era derrotada. El guerrillero estaba desesperado, y su desesperación fue mayor al saber que en las trincheras había muerto el general Agustín Estrada, considerado su brazo derecho. En el campo de batalla de Celaya, habían quedado más de dos mil quinientos muertos, que aumentaron cuando el general Obregón ordenó el fusilamiento en masa de dos mil villistas que había hecho prisioneros.

OTRA VEZ EL DESTINO...

Todos los detalles del primer combate de Celaya, los recibió en la Ciudad de México, directamente del general Villa, el presidente de la República.

Considerando que Villa lo atacaría nuevamente, el general Obregón se encerró en Celaya, perfeccionando sus trabajos de defensa. Del 7 al 13 de abril, el jefe de la División de Norte empezó a recibir refuerzos, y cuando tuvo a sus órdenes diez mil hombres y setenta cañones, considerándose fuerte, pero ofuscado por el despecho, dio órdenes para iniciar el ataque sobre el cuartel general carrancista.

Otra vez el destino determinó, dice González Garza, cosas distintas a las esperadas, ya que el general Felipe Ángeles a quien Villa esperaba para que tomara parte en la dirección de la batalla, quedó detenido en Torreón.

El día anterior al segundo combate de Celaya, el general Ángeles, que se encontraba en camino del norte al Bajío, cayó en Torreón de un caballo, sufriendo la luxación de un pie. Fue así como el militar de más talla en el villismo no pudo asistir a la gran batalla –una de las más grandes de las registradas en el continente americano. Al mediodía del día 13, la artillería villista, en la que tenía una gran confianza el general en jefe, quedóemplazada a cuatro kilómetros de Celaya, mientras que dos poderosas columnas de caballería avanzaron sobre los flancos de los sitiados. A las cinco de la tarde, la infantería villista en línea de tiradores avanzó resueltamente sobre las trincheras enemigas, y tras de un duelo de la artillería, se generalizó el combate.

NUEVA DERROTA

Cerca de la medianoche, la lucha era espantosa en todos los frentes. La plaza estaba completamente sitiada y los infantes del norte ocuparon posiciones a cuatrocientos metros de los carrancistas.

En la madrugada del día 14, Villa ordenó un asalto general. Sus tropas se lanzaron al combate, furiosa y ciegamente, seguras de la victoria, continuando así hasta las diez de la mañana, cuando el general Obregón tomó la contraofensiva y un hábil movimiento efectuado por las caballerías carrancistas al mando del general Cesáreo Castro, dio la victoria al constitucionalismo. Los villistas, destrozados, se retiraron; la Convención estaba condenada a morir.

El convencionismo

El general Ángeles, al conocer en Torreón las noticias del desastre, se comunicó inmediatamente con Villa haciéndole saber que era improcedente seguir atacando a Obregón en la forma que se había hecho en los dos combates de Celaya y sugiriéndole la conveniencia de que cambiara de táctica. Le rogó que abandonara todos los ataques proyectados y que reuniera en León al mayor número de tropas para esperar la oportunidad de atacar a las fuerzas de Obregón en campo abierto.

Villa, en esta ocasión, comprendió su situación y aceptó que la precipitación en Celaya había sido la causa de su derrota; pero al mismo tiempo abrigó la creencia de que con nuevos elementos podría dar otra batalla, con probabilidades de triunfo.

SESENTA DÍAS DE COMBATES EN LA TRINIDAD

Fue así como se gestó la batalla de La Trinidad, que fue constituida por una serie de hechos de armas notables, ya que los combates se prolongaron por sesenta días. Villa había logrado reconcentrar treinta mil hombres, pero carecía de la artillería que había perdido en Celaya. Durante la batalla de La Trinidad, Obregón se vio en condiciones muy comprometidas, que logró salvar gracias a la apatía de los zapatistas que continuaban permitiendo que los constitucionalistas siguieran recibiendo refuerzos por la vía de Pachuca.

El presidente González Garza, al tener conocimiento de los desastres ocurridos, recordó a Villa que meses antes le había pedido que le enviara un núcleo de hombres a la Ciudad de México, para estimular a los zapatistas y hostilizar la retaguardia de Obregón. Pero el general Villa no comprendió la trascendencia de esta solicitud, sino hasta los combates de La Trinidad, destacando entonces a Rodolfo Fierro y a Canuto Reyes, al frente de tres mil hombres de caballería.

DIVISIONES EN LA CONVENCIÓN

Y mientras que carrancistas y villistas peleaban en el Bajío, en la Ciudad de México la división entre los delegados norteños y surianos en la Convención era cada vez más profunda.

José C. Valadés

En los últimos días de mayo, el encargado del Poder Ejecutivo, de acuerdo con el sistema parlamentario aprobado por la Convención, propuso a la asamblea la integración de un nuevo gabinete, en la siguiente forma: secretario de Relaciones, licenciado Francisco Díaz Lombardo; de Hacienda, Francisco Escudero; de Comunicaciones, doctor José Luis Garza Cárdenas; de Gobernación, Francisco Lagos Cházaro; de Justicia, licenciado Miguel Mendoza López; de Fomento, general Otilio E. Montaño; de Guerra, general Francisco V. Pacheco; de Instrucción Pública, ingeniero Valentín Gama; y de Agricultura, general Trinidad A. Paniagua.

Los tres primeros ministros deberían fijar su residencia en Chihuahua, por tener ahí más facilidades para su labor administrativa, y el resto en la Ciudad de México.

Los secretarios nombrados, a excepción del ingeniero Gama, aceptaron la designación. Sin embargo, en el seno de la Convención, los líderes zapatistas provocaron una división, dando por resultado que no fueran ratificados todos los nombramientos, ya que sólo aprobó los de Pacheco, Díaz Lombardo, Escudero, Garza Cárdenas y Mendoza López. Además, inesperadamente, la Convención tomó un acuerdo trascendental.

LAGOS CHÁZARO, NUEVO PRESIDENTE CONVENCIONISTA

El 11 de junio, en la mañana, el general Roque González Garza fue informado oficialmente que la Soberana Convención había tomado un acuerdo, según el cual, modificaba el decreto por el cual él, González Garza, había sido declarado encargado del Poder Ejecutivo, por un año, y que había llegado el momento de nombrar nuevo presidente. Y el nombramiento recayó en el licenciado Francisco Lagos Cházaro, secretario particular de González Garza.

Conforme al acuerdo de la Convención, González Garza entregó el poder a las doce del día, y a las cuatro de la tarde ocupó un asiento en la Convención con su doble carácter de representante de Francisco Villa y de general.

Casi al mismo tiempo, el general Pablo González debidamente organizado en Puebla, gracias a la negligencia del ejército suriano, inició los ataques a la Ciudad de México. Diariamente se combatía en los alrededores de la capital. Pero en los últimos días de junio, el general González empezó una seria ofensiva por el norte de la ciudad, en donde se habían concentrado numerosos

El convencionismo

elementos a las órdenes de los generales Federico Montes, Maximiliano Kloss, Juan Lechuga y Agustín Millán. Los carrancistas atacaron con tal decisión, que en un día pudieron llegar hasta Tlaxpana.

Ante la delicada situación militar, el encargado del Poder Ejecutivo, Lagos Cházaro, pidió a la Convención permiso para que el delegado González Garza abandonara su curul, porque deseaba darle el mando de las tropas convencionistas en el sector norte. González Garza abandonó el salón de sesiones para montar a caballo y ponerse al frente de las brigadas de los generales Banderas, Pérez y Casarín con contingentes surianos, y con toda rapidez organizó la defensa de la plaza. Se lanzó sobre los carrancistas y, tras infligirles tremenda derrota en Barrientos, logró conjurar el peligro del momento habiendo hecho cuatrocientos prisioneros, y persiguiendo a los restantes con tal ahínco que hizo retirar a Montes hasta Querétaro, a Lechuga y a Kloss hasta Pachuca, y a Millán hasta las cercanías de Toluca.

Después de la derrota causada a las fuerzas del general Pablo González, el ex presidente se ocupó en organizar una línea de defensa para el caso de que los carrancistas pretendieran sitiар la plaza. No había terminado las obras de defensa, cuando recibió aviso del general Francisco Villa, informándole que había destacado una columna a las órdenes del general Rodolfo Fierro, que llegaría hasta las puertas de la capital y a la que deberían unirse los elementos norteños que se encontraban en la capital, ponerse al frente de ella y avanzar rápidamente al centro del país, para hostilizar la retaguardia de Obregón.

El auxilio pedido al general Villa desde diciembre llegaba al fin, y al fin, también, se llevaría al cabo el plan que González Garza había proyectado desde meses antes.

HACIA EL NORTE

Cumpliendo con las órdenes del jefe de las operaciones en la República, el general González Garza abandonó la Ciudad de México al frente de las brigadas de los generales Estrada, Banderas, Casarín y Pérez. Tomando la vía del Central llegó hasta las cercanías de Tula, donde supo cómo los generales Fierro y Reyes se habían abierto paso entre el enemigo desde Lagos, Jal., después de realizar una de las jornadas militares más famosas de la Revolución mexicana.

José C. Valadés

Entró a Tula y ahí se le incorporaron las fuerzas que había destacado el general Villa, quedando González Garza al frente de siete mil hombres y disponiendo inmediatamente cumplir los planes del general Villa, lanzándose, en primer lugar, sobre San Juan del Río y Querétaro.

Encontrándose en Tula, el ex presidente supo que la situación en la Ciudad de México había empeorado desde la salida de sus fuerzas, ya que los zapatistas habían abandonado la capital, ocupándola el general Pablo González, quien a su vez la había abandonado al ser informado que Villa en persona se encontraba en Tula.

El ex presidente recibió en la ciudad hidalguense peticiones de numerosas personas de la capital y de varios miembros del cuerpo diplomático para que regresara a la Ciudad de México para dar garantías a los habitantes, pero no pudo acceder a la petición, en virtud de que deseaba cuanto antes iniciar su marcha hacia el centro. Y el 23 de julio abandonó Tula marchando por tierra, al mismo tiempo que destruía la vía férrea, no solamente para cortar la fuente de aprovisionamientos de Obregón, sino también para evitar ser atacado por las fuerzas del general Pablo González, que habían sido destacadas en su persecución.

LA OFENSIVA DE OBREGÓN

Mientras tanto, el general Álvaro Obregón, victorioso en Aguascalientes y teniendo ya muy debilitado al enemigo del norte, abandonó momentáneamente su avance sobre Torreón, donde se había reconcentrado el general Villa, y teniendo informes del movimiento que iniciaba el general González Garza, alistó una poderosa columna de diez mil hombres, llevando como lugartenientes a los generales Fortunato Mayotte, Pablo Quiroga, Eugenio Martínez y Joaquín Amaro, y poniéndose al frente de ella, avanzó desde Guanajuato hacia Querétaro, para salir al paso del ex presidente de la República.

Caminando rápidamente por tierra, sin saber que Villa hubiera perdido la acción en Aguascalientes, González Garza avanzó hasta Querétaro, destacando inmediatamente después al general Fierro hasta Mariscala, donde todas las fuerzas villistas quedaron atrincheradas el 27 de julio en la mañana. A las cuatro de la tarde del mismo día, los diez mil hombres al mando directo del general Obregón cargaron furiosamente sobre los convencionistas, cuya

El convencionismo

gente se encontraba parapetada en las cercas de piedra. Pero Fierro se sostuvo valientemente a pesar de la superioridad numérica del enemigo, y esa noche, el general González Garza, quien había establecido su cuartel general en el histórico Cerro de las Campanas, comprendiendo que los carrancistas trataban de hacer un movimiento envolvente, extendió su línea de batalla en una extensión de más de siete kilómetros.

Al siguiente día las caballerías de Maycotte y Amaro atacaban por los flancos a González Garza, y por el frente el general Quiroga con sus infanterías.

RETIRADA AL SUR

Cerca de las cuatro de la tarde, y después de veinticuatro horas de lucha, el general González Garza dio órdenes para su retirada con rumbo al sur, a fin de engañar al general Álvaro Obregón y efectuar lo más pronto posible su incorporación a Villa.

Los villistas se retiraron en perfecto orden hacia el cerro del Cimatario. Obregón, engañado por el movimiento de González Garza, envió a sus infanterías hacia San Juan del Río, mientras que las caballerías continuaron sobre el Cimatario. Desde ahí, las fuerzas a las órdenes del ex presidente describieron un semicírculo para poder continuar hacia el norte y burlar así a Obregón.

Gracias a este movimiento, los villistas llegaron a Jerécuaro, viéndose Obregón en la necesidad de hacer retroceder sus fuerzas hacia Querétaro. En Jerécuaro esperaron a las caballerías de Maycotte y Amaro, que les seguían, y el día 30, a las siete de la mañana, fue empeñado un terrible combate en el cual, después de cinco horas de lucha, lograron detener la persecución de los carrancistas, poniéndose inmediatamente en marcha, aparentemente, hacia Acámbaro, aunque su objetivo era Valle de Santiago.

Dispuesto a detener el avance de la columna del general González Garza en su marcha hacia el norte, el general Obregón se puso al frente de sus tropas y por ferrocarril avanzó hacia Valle de Santiago. Obregón, cuyos efectivos ascendían a diez mil infantes y cinco mil jinetes, llegó a Valle de Santiago primero que González Garza, logrando posesionarse de los mejores puntos y esperando cautelosamente al enemigo.

La lucha fue terrible desde los primeros minutos; pero los siete mil villistas atacaban con energía logrando debilitar la fuerza enemiga y abriéndose

paso hacia Pénjamo. Fierro y Reyes dieron varias cargas de caballería que sembraron la muerte. El general Francisco T. Contreras y todo su batallón de seiscientos yaquis que mandaba, quedaron muertos en el campo de batalla.

LOS DOS JEFES A PUNTO DE MORIR

Las furiosas cargas de los villistas sembraron el desorden en las filas carrancistas; el general Alvaro Obregón quedó aislado y en un momento fue rodeado por un grupo villista. Y hubiera sido muerto en aquellos momentos, pero se salvó gracias a que por su serenidad los villistas no lo reconocieron.

Y lo mismo que había pasado al jefe de los carrancistas, pasaba una hora después al general en jefe de las fuerzas villistas. González Garza, quien acompañado de varios miembros de su Estado Mayor recorría la línea de fuego, en los momentos más terribles del combate se vio de pronto rodeado por un grupo de carrancistas. Con los rifles tendidos, los carrancistas estaban a punto de dispararle; pero comprendiendo que los tiros causarían daño a su propia gente, debido al círculo estrecho que formaban, no supieron qué hacer. Fue este el momento aprovechado por el ex presidente para salvarse. Apretándose a la silla de su yegua, González Garza dio un grito e hizo que el animal saltara sobre una cerca de piedra muy alta, poniéndose a salvo y pudiendo reunirse con sus tropas poco después.

A las once de la mañana, y después de dos horas de lucha, el jefe villista ordenó la retirada, que se llevó a cabo en orden, siendo perseguidos, aunque sin que les causara estrago alguno, por las caballerías del general Amaro. Tal fue la confusión después del combate, que fuerzas carrancistas destacadas en persecución de González Garza caminaron, durante la noche, varias horas junto a los convencionistas.

EN TORREÓN

Dispuestos a seguir burlando al enemigo y sin perder de vista el norte, los villistas siguieron hacia Pénjamo, donde el 3 de agosto los volvió a alcanzar el general Obregón, y después de un combate de más de tres horas, pudieron seguir, sin perder elementos, hacia Ciudad Doblado, Gto.

El convencionismo

Continuó su marcha hasta San Juan de Guadalupe, Durango, y el 18 de agosto, después de haber recorrido más de mil kilómetros, abriéndose paso entre un enemigo victorioso y numéricamente tres veces superior, el general González Garza llegó a Torreón, cuartel general de la División del Norte, con sus fuerzas prácticamente íntegras, pero con la pena de no haber podido hacer nada a favor de su causa.

Al llegar a Torreón, el general Villa lo felicitó calurosamente, pidiéndole informes sobre la marcha a través de territorio enemigo. Villa se lamentó de la actitud que habían asumido los zapatistas, hablando con indignación de las derrotas sufridas por la División del Norte y, sobre todo, por la derrota de León, señalando al general Felipe Ángeles como el único culpable de este fracaso y sin ocultar sus deseos de fusilar al ex director del Colegio Militar. González Garza le demostró que su resentimiento para Ángeles era injustificado.

NUEVOS PLANES

Sin embargo, el famoso guerrillero todavía parecía optimista. Dominaba casi todo el norte del país y explicando sus planes para detener a Obregón, en caso de que éste pretendiera marchar sobre la región lagunera, propuso a González Garza.

—General, deseo que usted se ponga al frente de todos los infantes de la División del Norte; yo seguiré luchando, pero en otra forma, porque tengo mis buenos planes.

—Mi general —contestó el ex presidente—, *creo que estamos perdidos y aceptaré el mando del ejército con la condición de quedar en libertad para tratar con Carranza, a fin de evitar mayor derramamiento de sangre.*

Villa convino con la proposición de González Garza y los planes para el futuro empezaron a ser discutidos, cuando el guerrillero recibió informes de que el general Tomás Urbina lo había desobedecido en Nieves, Durango. El general Villa pareció desquiciado con la noticia, y resolvió salir a batir personalmente a su compadre Urbina.

Cuando el guerrillero regresó a Nieves después de haber fusilado a Urbina, era otro hombre. Tan pronto pensaba en un plan como en otro; creía ver traidores a cada paso y, por fin, desesperado, optó por convocar a una junta de todos sus generales.

Durante la reunión, el general en jefe expresó sus deseos de aceptar las proposiciones hechas por el presidente Woodrow Wilson a los jefes revolucionarios para restablecer la paz en México, mientras que González Garza opinó que lo más conveniente era la rendición inmediata y condicional al gobierno de Carranza.

ACUERDOS DEFINITIVOS

Pero los generales aceptaron la proposición de Villa, tomándose los siguientes acuerdos: 1. Que el grueso del ejército villista avanzara al estado de Sonora en donde permanecería a la expectativa; en caso de que no pudiera concertarse la paz, avanzaría a lo largo de la costa occidental hacia el centro del país. 2. Que el general Canuto Reyes permaneciera en el centro del país haciendo guerra de guerrillas con cinco mil hombres escogidos. 3. Que inmediatamente marchara una comisión de convencionistas a Washington, con el objeto de iniciar las pláticas de paz.

Para marchar a Washington, fue electa una comisión de la que formaban parte el general Roque González Garza, en calidad de presidente, y los generales José María Maytorena, Raúl Madero, Felipe Ángeles y Manuel Chao.

Aprobadas las proposiciones, la División del Norte abandonó Torreón e inició su marcha hacia Chihuahua, para después seguir a Sonora.

Los comisionados para marchar a la capital norteamericana, a excepción de José María Maytorena, quien ya se encontraba en territorio de los Estados Unidos, cruzaron la frontera el 16 de septiembre de 1915.

La guerra civil había terminado.

FRASES FINALES

El ex presidente de la República, general Roque González Garza, terminó su relato a los *Periódicos Lozano*, diciendo:

—Obregón en todo obró de buena fe y con el más absoluto desinterés y, ¡por qué no decirlo!, si mis intenciones pacifistas hubieran sido aceptadas, México hubiera ahorrado más de sesenta mil vidas y más de mil millones de pesos de pérdidas materiales. El tiempo se ha encargado de comprobar que si todos hubieran cumplido

El convencionismo

con el compromiso contraído en la Convención de Aguascalientes después de haber firmado la bandera, el país no habría sufrido las penosas consecuencias de la guerra civil de 1915.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 16 de octubre de 1932, año vi, núm. 31, pp. 1-2.